

HARRY SIDEBOTTOM



# EL REGRESO DEL CENTURIÓN

Para todos, un héroe. Para la muerte, uno más.



145 a. C., Calabria.

Cayo Furio Paulo regresa convertido en héroe a su ciudad natal, Temesa, tras duros años de guerra defendiendo el buen nombre de Roma. Pero parece que un presagio de muerte sigue acechando su destino: pocos días después de su regreso, aparece el cuerpo descuartizado de un vecino, y Paulo se convertirá en el principal sospechoso del asesinato. Paulo tendrá que deshacerse de sus fantasmas personales si quiere dar con el asesino y limpiar su nombre. Porque sabe que es solo cuestión de tiempo antes de que se convierta en el próximo objetivo.

# Índice de contenido

1. Patria
2. Patria
3. Patria
4. Militia
5. Patria
6. Patria
7. Militia
8. Militia
9. Militia
10. Patria
11. Patria
12. Patria
13. Patria
14. Patria
15. Militia
16. Militia
17. Patria
18. Patria
19. Patria
20. Patria
21. Militia

22. Militia

23. Patria

24. Militia

25. Patria

26. Patria et militia

27. Patria

28. Patria

29. Patria

Epílogo. Patria

Notas

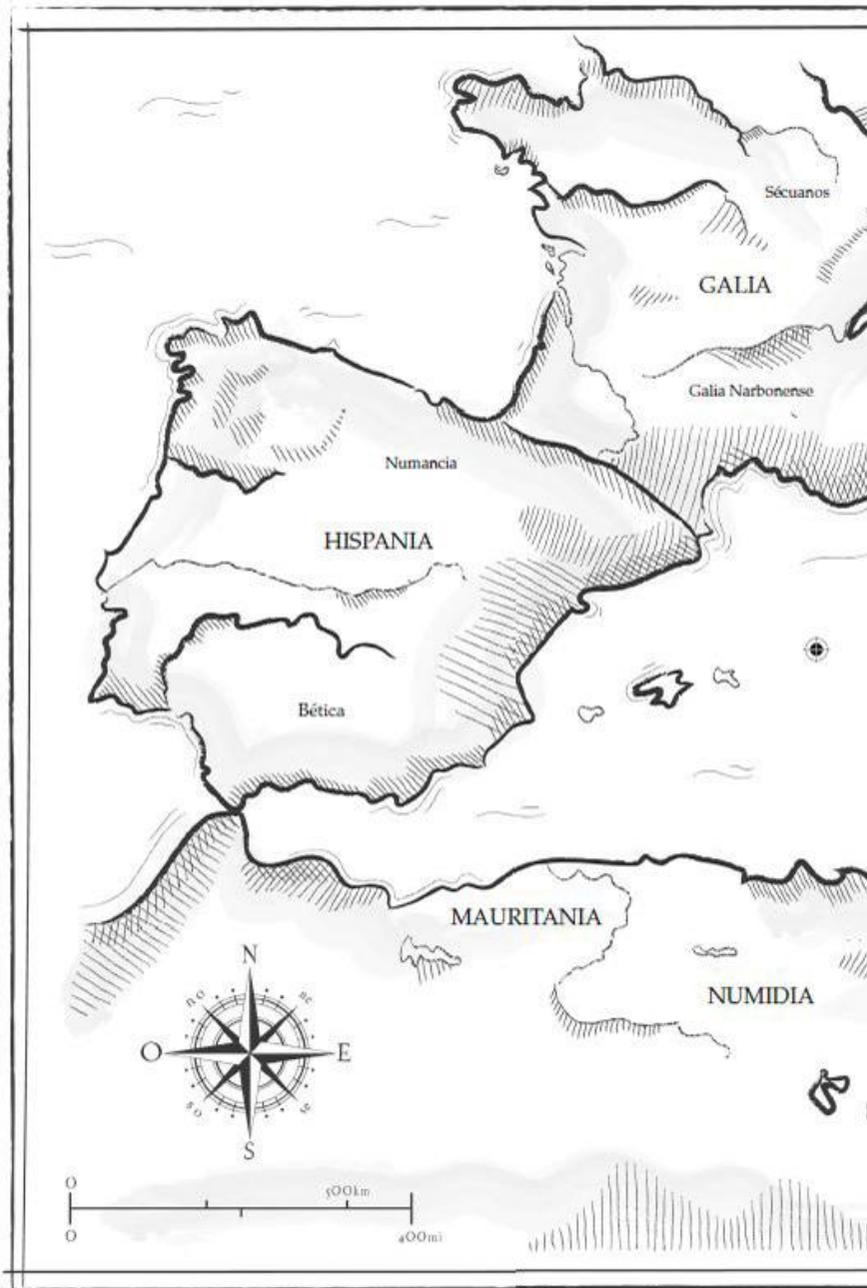
Agradecimientos

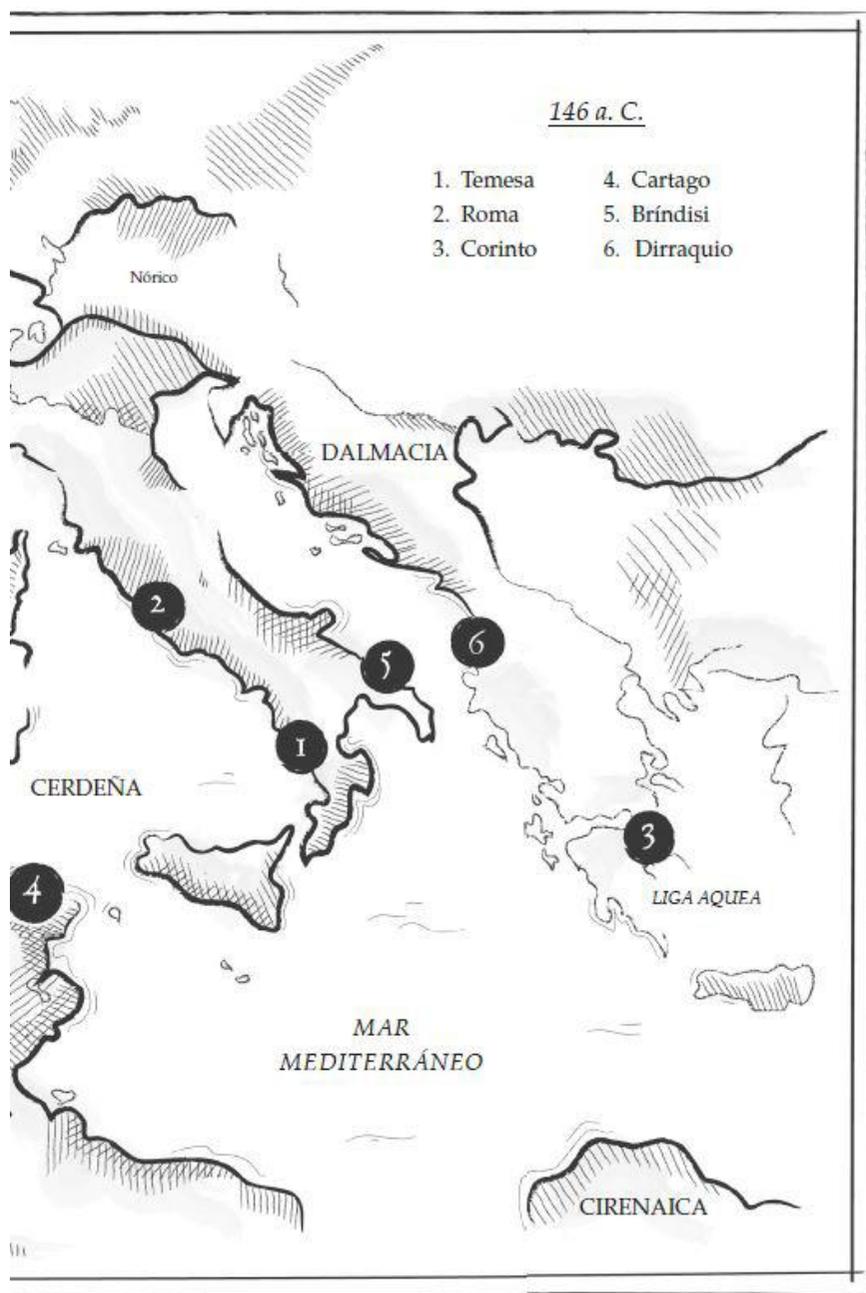
Sobre el autor

*A Jack Ringer y Sandra Haines*

Contra el que nos presenta las manos limpias, nunca nuestra cólera se precipita, y pasa sin daño toda su vida. Pero, cuando alguno, como este varón, tras haber cometido un delito, oculta sus manos manchadas de sangre, como firmes testigos de los que a sus manos murieron, aparecemos ante su vista y nos ponemos a su lado para hacerle pagar hasta el fin la sangre vertida.

ESQUILO,  
*Las Euménides*, 314-320





## 1

*Patria*

609 AB URBE CONDITA, DESDE  
LA FUNDACIÓN DE ROMA (145 A. C.)

Tan solo un necio o un hombre que no deseara vivir más habría atravesado solo los bosques de La Sila.

Paulo ordenó a las mulas que se detuvieran. El terreno seguía siendo un llano. El trigo casi estaba listo para la cosecha, con unas pocas notas verdes salpicando el dorado. Los amplios senderos se perdían en la distancia. La única amenaza posible sería la que se pudiera encontrar de frente.

Las dos mulas estaban atadas con una cuerda, una detrás de la otra. Paulo soltó las riendas del primer animal y las dejó caer en la calzada. Las mulas estaban bien entrenadas y no echarían a correr salvo que algo las asustase. Paulo miró con atención a su alrededor. La brisa mecía suavemente las espigas. Era lo único que se movía. Ni siquiera vio pájaros atravesando el cielo. Aquel apacible paisaje dormitaba bajo el tórrido sol italiano del mediodía.

Paulo comprobó la carga de la primera mula. Allí era donde guardaba la mayor parte de su botín, discretamente empaquetado y atado. Al poco tiempo, ya satisfecho, se acercó a la otra mula. Además del puñado de posesiones valiosas que llevaba bien escondidas, aquel animal cargaba con el equipaje más mundano: vituallas y bebida, mudas limpias, el escudo envuelto en la funda de cuero para viajes en el costado más próximo a él y sus jabalinas –un

pilum ligero y otro pesado—, juntas y amarradas en una tela de cáñamo. El cargamento de aquella mula se había desplazado ligeramente hacia delante.

Después de escrutar el entorno por segunda vez y quitarse el sombrero, Paulo se dispuso a descinchar las múltiples correas que aseguraban la carga; pesaba una barbaridad. Era un hombre menudo, pero joven y vigoroso. Tenía el físico de un campesino, de la persona habituada a deslomarse bajo las inclemencias del tiempo desde una edad temprana. El ejército no había hecho sino proporcionarle más músculo. Tras dejar el cargamento en el suelo, echó un vistazo al lomo de la mula y estiró y alisó la manta. Se tambaleó por el esfuerzo, pero consiguió levantar el fardo y recolocararlo en su sitio. La mula soportó el trajín con la paciencia resignada e infinita que caracterizaba a su especie.

Normalmente, aparejar una mula era trabajo de dos. Cada uno se ponía a un lado, pasaban las cinchas de un lado a otro y exclamaban esas palabras inmemoriales: agarra, encincha, ata. A pesar de estar impaciente por reemprender la marcha, Paulo se tomó su tiempo, sin precipitarse, teniendo cuidado con los cascos de la bestia cuando le rodeó la cola.

Al terminar sudaba a mares. Tomó un pellejo del equipaje y dio un sorbo. A pesar de que al recipiente no le había dado el sol, el líquido estaba tibio. Seis partes de agua y una de vino, lo suficiente para eliminar impurezas y darle algo de sabor sin llegar a embriagar. Había evitado emborracharse desde los incidentes en las tabernas de Apolonia y Bríndisi durante la vuelta a casa. Fue necesaria la intervención del mismísimo general, Lucio Mumio, para ahorrarle a Paulo las consecuencias del más reciente. Era absolutamente inadecuado castigar a un héroe de guerra, sobre todo si se le había otorgado la corona cívica por salvar la vida de un compañero de batalla.

Paulo recogió el sombrero, lo desempolvó dándole golpecitos en la pierna y se lo caló. Por debajo del ala ancha del sombrero observó el camino que lo esperaba. Las laderas eran de un verde oscuro y estaban repletas de árboles; más allá, en la distancia, se extendían altos riscos envueltos en una bruma añil. Era el momento más caluroso del día y no había un alma a la vista: ni hortelanos en los campos ni viajeros en los caminos. Paulo se recogió la túnica, acarició el amuleto de cobre con la forma de la letra griega zeta que llevaba prendido del cinturón y se tocó la espada, resguardada en la vaina que le colgaba de la cadera. Satisfecho, agarró las riendas y se adentró en La Sila.

Las primeras colinas estaban dispuestas en terrazas y cubiertas de olivos bien separados y hortalizas que medraban entre los troncos. Había un puñado de cabañas y refugios dispersos. A medida que aumentaba la pendiente, la mano del hombre desaparecía y la naturaleza recuperaba lo que le pertenecía. Les llegaba el turno a los árboles, robles y fresnos, castaños y arces que delimitaban los senderos. Las ramas se entrelazaban en las alturas y ofrecían un ambiente fresco. Apenas unos pocos rayos de sol conseguían atravesar las copas. Paulo oyó la familiar música de los bosques: el canto de los pájaros –el trino de los gorriones, el arrullo de las tórtolas, el repicar de los carpinteros–, el murmullo de las ardillas y otras criaturas tímidas, el suave crujido y el rumor de las ramas cuando el viento hacía que se rozaran. En el sotobosque, el ambiente estaba cargado con el olor a moho de siglos de turba. Siempre alerta, se percató de la presencia de un corzo que lo observaba aterrado a una distancia prudencial.

Paulo conocía La Sila. Aquellas lomas lo habían visto nacer. Sin embargo, solo se había aventurado tan al norte una vez, y de eso hacía casi tres años, cuando marchó a la guerra acompañado de Alcimo y los demás. Ahora volvía solo, una diferencia a la que prefería no darle más vueltas.

Acababa de cruzar un claro, un pequeño prado natural, y había vuelto a adentrarse en la espesura cuando oyó una respiración grave y entrecortada. La detectó a su derecha, en un punto indeterminado. El corazón le dio un vuelco, pero se detuvo. «Compórtate como un hombre». Se enderezó y dio media vuelta.

La anciana estaba entre los árboles, medio oculta por una rama baja. Llevaba el mismo vestido negro y harapiento de siempre, y los cabellos sueltos y desaliñados le serpenteaban hasta caerle sobre los hombros. Esta vez no la acompañaban sus dos hermanas. Estaba sola.

No mediaron palabra. Tenía los ojos inflamados por el reuma. Escrutó a Paulo con una mirada de desprecio y odio.

Paulo seguía con los ojos clavados en la anciana cuando esta se escabulló entre los árboles.

Se quedó paralizado, con la sangre martilleándole en los oídos, sin apartar la vista del lugar en el que la había visto, ciego a todo lo que lo rodeaba.

El chillido repentino de un arrendajo lo sacó de su ensimismamiento. Todo volvió a su estado anterior, antes de que la anciana apareciera. La luz del sol moteaba el camino. Los sonidos habituales del bosque a su alrededor parecían mofarse de él. Hizo ademán de levantar el puño derecho. «No fue culpa mía. No era mi intención. No merezco estar maldito». Extendió un dedo y fue eliminando todos los pensamientos. Aquel ritual, demasiado repetido, lo calmaba un poco. Tomó aire y se miró la mano. No le temblaba. «Bien. Compórtate como un hombre».

Al caer la tarde, los árboles caducifolios dejaron paso a pinos y abetos. Trochas estrechas se unían al camino principal. Olfateó un ligero aroma a brea y a madera quemada. Cuando llegaba el invierno, los únicos que permanecían en las zonas altas de La Sila eran parias y salteadores. Sin embargo, con las temperaturas cálidas del verano eran otros los que se ocultaban en la enormidad de sus paisa-

jes. Pastores resueltos, armados hasta los dientes, trashumaban con sus rebaños en las cañadas más remotas. En lo más profundo de los bosques podían encontrarse cuadrillas de carboneros y leñadores, así como esclavos y trabajadores sin tierras encargados de extraer resinas medicinales de los árboles para que los ricos de la lejana Roma pudieran dar sabor a sus vinos.

El sol ya se había ocultado por los riscos occidentales y la luz estaba a punto de desaparecer. El viento se había serenado y la música de la espesura había dado paso a la quietud de la noche. Tordos y otros pájaros cantores seguían trinando, emitiendo unas notas claras y puras. Los cazadores furtivos nocturnos habían comenzado a deslizarse entre las hojas caídas y el sotobosque. Paulo se echó una capa ligera por los hombros. Poco más adelante divisó una zorra brincando entre los árboles, preparada ya para su feroz misión.

Se estaba haciendo tarde, pero pronto llegaría a una bifurcación. Uno de los ramales atravesaba las zonas más agrestes de las montañas hasta dar con el nacimiento del Neto y seguir discurriendo valle abajo hasta la costa del mar Jónico, justo al norte de la colonia romana de Crotona. El otro continuaba hacia el sur, hasta su hogar. Acamparía en el punto en que los caminos divergían, ya que le resultaba un terreno familiar.

Aminoró el paso. Algo se movía por el bosque, camino arriba, en algún punto indeterminado hacia la derecha. No se trataba de los pasos amortiguados de un lobo o un gato salvaje, sino de un animal que hacía más ruido que un tejón, pero menos que un jabalí. Solo había un tipo de criatura que acechara por los senderos de La Sila.

Por debajo del ala de su sombrero, Paulo trató de localizar al hombre que lo vigilaba —estaba bastante seguro de que solamente había uno—, pero no giró la cabeza ni echó a correr. Entonces fue cuando oyó un sonido similar a sus espaldas.

Malas noticias. Malísimas si los bandidos contaban con arcos. Paulo llevaba la armadura cargada en la segunda mula y el escudo atado a un costado. Si los bandidos tenían arcos, ya podía despedirse de todo. La anciana y sus hermanas verían sus deseos cumplidos.

Paulo detuvo a las mulas, se acercó a la primera y le levantó la pata delantera izquierda. Se colocó entre el animal y los hombres que se aproximaban. Fingió que estaba inspeccionando el casco de la bestia.

Aquel subterfugio era fútil. Los fuertes crujidos del sotobosque y los movimientos bruscos de las ramas indicaban que aquellos tipos no tenían ningún interés en ocultar su llegada. O bien no tenían intenciones maliciosas o estaban absolutamente seguros de sí mismos.

Paulo le bajó la cabeza a la mula principal y le ató el hocico cerca del espolón. Incluso las mulas mejor entrenadas serían incapaces de mantener la calma ante lo que probablemente estaba a punto de suceder.

Si el hombre que emergió a unos treinta pasos camino arriba era inocente, su aspecto le hacía un flaco favor. Unos cabellos largos y una barba descuidada encuadraban un rostro marcado por la brutalidad y una astucia salvaje. Llevaba una espada en la mano.

Paulo se alejó de las mulas y se acercó a uno de los extremos de la vereda para disponer de espacio suficiente. De espaldas a los animales, vio con el rabillo del ojo al otro tipo salir del límite del bosque, poco más allá. Era más joven, con los cabellos rubios y un aire de incertidumbre. También disponía de espada, pero ninguno de los dos llevaba arco.

El salteador mayor se aproximó con lentitud hasta detenerse a unos seis pasos de Paulo. El más joven vacilaba algo más alejado.

—Salud y gran alegría, buen hombre.

El mayor hablaba en latín, pero el acento lo delataba como brucio de nacimiento.

–Esto no tiene por qué acabar en un baño de sangre – respondió Paulo.

–Por supuesto que no. –El hombre sonrió y dejó a la vista dos filas de dientes deformados y descoloridos, el resultado de toda una vida de abandono y dificultades–. Las posesiones no son más que una carga, y solo lo que das a los demás acaba siendo tuyo de por vida.

–Agradezco el ofrecimiento –dijo Paulo–, pero no condico nada de lo que lleváis.

El más joven soltó una risita nerviosa.

–Vaya, un comediante ambulante. –El mayor rio sin un ápice de humor–. Llévate las mulas –le ordenó al muchacho.

–Que no se mueva nadie.

Paulo se apartó la capa y dejó al descubierto su espada.

–Un soldado. Y romano, nada menos. –El hombre escupió–. ¿De qué colonia?

–Temesa.

Paulo se quitó la capa y se la enrolló en el antebrazo izquierdo.

–Mi abuelo tenía una granja en Temesa. Se la confiscaron para darles tierras a los de tu calaña.

Paulo se quitó el sombrero y se encogió de hombros.

–Mala idea lo de seguir a Aníbal.

–Eres escoria. Pensaba dejarte vivir.

–Si os vais te prometo hacer lo mismo.

Con un grito sordo, el hombre se abalanzó sobre él. Paulo desenvainó la espada con un único movimiento fluido y arremetió. Aquel contraataque instantáneo desconcertó al bandido, que bloqueó el golpe torpemente y dio un traspié en dirección a las mulas.

Paulo se movió dos o tres pasos a un lado para darle la vuelta al combate y situarse entre su asaltante y el muchacho.

–¡Rodéalo! –gritó el bandido por encima del hombro.